

mas intenso. Por espacio de tres dias no se celebraron los divinos oficios, y se cubrieron de negro los altares hasta que se purificó el templo de la violacion que habia padecido. Por espacio de un año siguieron iguales demostraciones de dolor, diciéndose el oficio divino con un canto fúnebre, al cual precedia el rezo del Miserere y algunas preces, puestos los canónigos de rodillas y acompañando la cruz, los ministros cubiertos los rostros con velos negros, y reconciliada la iglesia se trasladó á ella el sagrado cadáver para darle honorífica sepultura. A esta sazón quiso Dios manifestar la santidad de su siervo con un suceso portentoso. La sangre que se habia estendido por el pavimento de la iglesia al caer herido el mártir de Jesucristo se habia secado de manera, que refregándola con lienzo ó papel blanco, de ninguna manera quedaban teñidos de la mas minima señal; pero apenas entró el sagrado cadáver en el templo, cuando inmediatamente apareció toda la sangre líquida, hirviendo y tan caliente como si en aquel instante hubiera sido vertida. Conmovióse el numeroso pueblo á vista del milagro; el capítulo cuidó de autenticarle por medio de notarios, y todos empaparon pañuelos en aquella preciosa sangre, guardándola por reliquia. La santidad de que habia tenido fama toda su vida, se hizo mas gloriosa y probada con el martirio. Los reyes católicos Fernando é Isabel le erigieron un suntuoso sepulcro de mármol, adonde se trasladó su cuerpo. Aumentándose despues por una parte la adoracion de los fieles, y por otra los milagros que Dios obraba en testimonio de su santidad, fué beatificado por Alejandro VII, en el dia 17 de abril de 1664.

#### SAN LAMBERTO, OBISPO Y MÁRTIR.

SAN Landeberto, llamado en los últimos siglos Lamberto, fué natural de Mastrich, y de una familia noble y rica, que habia sido cristiana en muchos descendientes. Su padre mandó que le instruyesen desde su infancia en sagrada doctrina, y despues le encomendaron á S. Teodardo para que perfeccionase su educacion. Este santo obispo habia sucedido á S. Remaolo I en el gobierno de sus dos grandes abadías de Malméd y Stabelo, y despues en la silla episcopal de Mastrich. Concibió éste tal estimacion á su santo pupilo que no perdonó diligencia en instruirle y educarle en las prácticas mas perfectas de la virtud cristiana. S. Teodardo en el año de 669 resolvió ir al rey Childberto II, que residia en Austrasia, en solicitud de una orden de este príncipe para la restitucion de las posesiones de su iglesia,

que habian sido usurpadas de algunas personas poderosas; pero fué asesinado en el camino por los que las habian usurpado, y descuartizado miembro por miembro en el bosque de Benalt cerca de Nemere, llamada desde entonces Spira. Es honrado como mártir en el dia 10 de setiembre. S. Lamberto fué electo para sucederle con consentimiento del rey Childerico, y el aplauso de toda la corte, donde el Santo era tenido en gran reputacion. Lamberto miró el cargo episcopal como un peso demasiado grande para sus hombros, como lo han hecho siempre los santos, y temblando siempre á vista de sus obligaciones se dedicó desde luego á desempeñarlas sin respetos humanos, implorando luz y fuerza de lo alto con oraciones humildes y continuas. Childerico II reinó primero en Austrasia, siendo á la sazón Vulfoada mayor de su palacio, mientras Teodorico III sucedió á su hermano Clotario III en Neustria y en Borgoña, en cuyo tiempo Ebroin usurpó tiránicamente la dignidad de mayor. Hizo tan detestable el reino de este príncipe la crueldad de este ministro, que sus vasallos le depusieron, viniendo de este modo á ser rey de toda Francia Childerico, porque Teodorico y Ebroin se hicieron monges ambos, el primero de S. Dionisio, el segundo de Luxeu; en cuya condicion consintieron ambos porque les fuesen perdonadas las vidas. El rey Childerico II, príncipe cruel y abandonado, fué depuesto en una conspiracion de sus nobles en el año de 673, el undécimo de su reinado; y Teodorico, su hermano, dejando el monasterio de S. Dionisio, fué vuelto á reconocer por rey de Neustria, y Dagoberto II hijo del rey Sigeberto, en Austrasia.

Esta resolucion la sintió Lamberto únicamente porque hasta allí habia sido muy favorecido de Childerico. El Santo fué echado de su silla y colocado en ella un tal Faramundo. Retiróse aquél al monasterio de Stabelo con dos solos de sus domésticos; y en el espacio de siete años que allí estuvo, obedeció la regla con la misma exactitud que pudiera el novicio mas escrupuloso. Un ejemplo bastará para manifestar con que sacrificio tan perfecto consagró su corazon al servicio de Dios conforme á la perfeccion de aquel estado. Habiéndose levantado una noche de invierno á rezar sus devociones, sucedió habérsele caido la sandalia que era de palo, y hacer ruido. Oyólo el abad, y teniéndolo como quebrantamiento del silencio que debia observarse á aquella hora en la comunidad, le mandó al que hubiese sido causa de aquel ruido que se pusiese de rodillas á orar ante la cruz: esta era una que estaba al raso fuera de las puertas de la iglesia. Lamberto sin responder una palabra, ni descubrir quién era, dejó la vestimenta que iba á ponerse cuando hizo el ruido, y en los términos que

le cogió el mandato, descalzó y sin mas cubierta que la camisa, estuvo ante la cruz orando de rodillas tres ó cuatro horas. Mientras los monges se calentaban despues de los maitines, preguntó el abad si estaban todos allí: respondiéronle que uno á quien el abad habia mandado ir á orar ante la cruz era el que faltaba. El abad mandó que le llamasen; y quedó sorprendido cuando vió que era el santo obispo, que se presentó cubierto de nieve, y casi helado de frio. A este espectáculo el abad y los monges se echaron al suelo y le pidieron perdon. «Dios os perdone, dijo él, porque pensais que necesitais de perdon por esta accion. En quanto á mi ¿no debo yo domar mi carne, conforme al dicho de S. Pablo, con el frio y la desnudez, y servir á Dios?»

Al mismo tiempo que Lamberto gozaba de la tranquilidad del retiro santo, lamentaba al ver el estrago que arruinaba la mayor parte de las iglesias de Francia. Cuando Teodorico subió la segunda vez al trono nombró por mayor de palacio á Leudisio, hijo de Erchinoaldo. Ebroin al mismo tiempo dejó el monasterio de Luxeu, y quebrantó sacrilegamente el vínculo de sus votos. Ya habia de antenano hecho sentir los efectos de su poder y tiranía á todo el reino de Teodorico, cuando en el año de 677 fué mayor de palacio de aquel príncipe, y absoluto dueño de Neustria y Borgoña, y poco despues de Austrasia tambien, cuando por muerte de Dagoberto II, que habia sido asesinado en una conspiracion de sus nobles por asechanzas de Ebroin, fué reconocido Teodorico rey de toda la monarquía francesa. Dagoberto II habia llenado sus dominios de religiosas fundaciones, y despues de su muerte habia honrado con su sepulcro á Stenay, donde fué venerado como mártir. Ebroin, que en vida de este príncipe habia estendido sus violencias á varias iglesias sujetas á él, especialmente á Mastrich, despues de la muerte de este rey las oprimió con mayor furia, y persiguió á nuestro santo obispo sin contradiccion. Fué no obstante sobrecogido de la venganza divina, porque tres años despues del martirio de Leodegario, le quitaron la vida en el de 681. Un caballero llamado Hermenfredo, de cuyo estado se habia aquél apoderado, y á quien habia amenazado con la muerte, le estuvo espiondo un domingo antes que fuese de dia, y al salir de su casa á los maitines, le mató de una cuchillada en la cabeza. En estos y otros ejemplos como estos vemos, como nota Fleury, que en aquel tiempo los mas nobles y los mas ocupados en fatigosos empleos, y aun aquellos mismos que no tenían sentimiento alguno de religion, no se eximian de asistir á los officios divinos aun por la noche.

Hecho mayor de palacio Pipino de Herstal, nieto de Pipino

de Landem por Sta. Bega y Ansegisilo, se dedicó á reparar los daños que habia hecho Ebroin, espelió á los intrusos obispos de muchas sillas, y entre otros prelados desterrados restituyó á Lamberto á su silla de Mastrich. El santo pastor desde el ejercicio de las virtudes mas heróicas á que habia dedicado el tiempo de su destierro y retiro, volvió á su grey animado de doble fervor, desempeñando todas las demás funciones con espíritu, zelo y caridad. Viendo que aun quedaban algunos idolátras en Taxandria, provincia cerca del Diest en Bravante, se dedicó á convertirles á la fe, suavizó el bárbaro temperamento de aquellos infieles con su paciencia, les reengendró con las sacras aguas del bautismo, y destruyó muchos templos de ídolos. Visitábales frecuentemente, y conferenciaba con S. Willibrordo, apóstol de Friselandia. En los débiles reinados de los reyes pasados dominaron en Francia los desórdenes mas abandonados, y no habia poderoso ni soberbio que no se considerase superior á las leyes, ni que dejase de ponerse al frente de alguna faccion sediciosa. De lo que la muerte misma de S. Lamberto nos da un ejemplo muy convincente. Pipino, que residia en su castillo de Herstal cerca de Lieja sobre el Maes ó Meuse, vivió algunos años en un adulterio escandaloso con una concubina llamada Alpais, en quien tuvo á Carlos Martel. Lamberto reprobó y reprendió á ambos con tanto empeño, que dicen algunos, que varios amigos de aquella dama tomaron de aquí ocasion para formar contra su vida una conspiracion; pero otros dan por ocasion de su muerte la siguiente. Se habian hecho insoportables por sus usurpaciones y opresiones de la iglesia de Mastricht dos hermanos codiciosos, y no habian sido capaces las leyes de contenerles. Con esto se llegaron á enfadar tanto algunos parientes de S. Lamberto, que mataron á los dos hermanos. Dodon, pariente de los dos jóvenes muertos, rico y poderoso oficial bajo de Pipino, y algo pariente ó conexionado con Alpais, determinó vengar la muerte en el inocente y santo obispo, y le embistió con una partida considerable de gente armada en Leodium, entonces lugar pequeño, y ahora la ciudad de Lieja. Habia retirado á dormir S. Lamberto despues de los maitines, cuando acometió la casa Dodon con toda su tropa. No permitió el obispo que sus dos sobrinos, ni doméstico alguno de la casa tomase armas en su defensa, diciendo: «Si me amais verdaderamente, amad á Jesucristo, y confesad conmigo vuestros pecados. Por lo que hace á mí ya es tiempo de que vaya á vivir con él.» Entonces postrándose en tierra, con las manos estendidas en forma de cruz, oró derramando muchas lágrimas; y entrando la tropa de sus enemigos en

sus estancias, fueron pasando á cuchillo á cuantos encontraban, y uno de ellos arrojando al obispo un dardo le quitó infamemente la vida. Esta injusta muerte sufrida con tanta paciencia y mansedumbre, junta con la santidad eminente de la vida de este santo obispo, ha sido tenida como especie de martirio. Sucedió en el 17 de setiembre del año de 709, habiendo ocupado la cátedra episcopal S. Lamberto cuarenta desde que sucedió á san Teodoro. Su cuerpo fué conducido en un barco á Mastrich, donde fué enterrado en la iglesia de S. Pedro. Varios milagros que á esto se siguieron escitaron al pueblo á erigir una iglesia en el sitio en que estuvo la casa en que le mataron. Su sucesor san Huberto trasladó á ella sus reliquias en el año de 721, y al mismo tiempo removió también á Lieja la silla episcopal, que había sido antes trasladada á Mastrich desde Tongres por S. Servacio.

*La misa es en honor de S. Francisco, y la oracion la siguiente:*

Señor Jesucristo, que deseando abrasar nuestros corazones con el fuego de vuestro amor, cuando el mundo estaba resfriado en él, renovasteis en la carne del bienaventurado Francisco las llagas de vuestra

pasion; concedednos propicio por sus merecimientos y por su intercesion la gracia de que llevemos incesantemente la cruz, y que hagamos frutos dignos de penitencia. Tú que vives y reinas, etc.

*La Epistola es del cap. 6 de la que escribió S. Pablo á los de Galacia.*

Hermanos: Léjos de mí el gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesus nada importa, ni la circuncision, ni el no estar circuncidado, sino el hombre nuevo. Y todos aquellos que

siguieren esta regla, sea paz sobre ellos y misericordia, y sobre Israel de Dios. En lo sucesivo ninguno me sea molesto, pues yo llevo las llagas del Señor Jesus en mi cuerpo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, ó hermanos, con vuestro espíritu. Así sea.

#### REFLEXIONES.

*Yo llevo en mi cuerpo las señales del Señor Jesus. Estas seña-*

les son las gloriosas cicatrices que el Salvador quiso conservar en su adorable cuerpo aun despues de su resurreccion, y que por toda la eternidad serán la admiracion y el gozo de los bienaventurados en la gloria. ¿Hay hoy muchos cristianos que puedan decir con el Apóstol, que están marcados con este divino sello, y que la cruz de Jesucristo es parte de su carácter? Sin embargo, la mortificacion es necesaria para amar verdaderamente á Jesucristo. Esta es la primera leccion que da el mismo Jesucristo á los que quieren ser discipulos suyos: sin ella no hay que esperar serlo jamás. *El que quisiere venir en pos de mí, dice este amable Salvador, nieguese á sí mismo, tome su cruz, y sigame. El que no tomare su cruz, y no se aborreciere á sí mismo, no puede ser mi discipulo, ni es digno de mí.* Por eso ninguna señal mas segura dieron los santos de una sólida virtud que la mortificacion. ¿Cuándo hemos de ser nosotros del mismo parecer, y cuando tendremos las mismas ideas! Hay dos suertes de mortificaciones: una exterior, que consiste en la maceracion del cuerpo; otra interior, que es propiamente la mortificacion del corazón y del espíritu. Aquella doma la sensualidad, ésta las pasiones: ambas son necesarias para arribar á la perfeccion, y sin las dos apenas se puede conseguir la salvacion. Los ayunos, las vigilijs, los cilicios, y otras mortificaciones semejantes, son poderosos medios para hacernos hombres espirituales. Es verdad que la virtud no consiste en las penitencias exteriores, y que estas no son incompatibles con la hipocresia. No sucede lo mismo con la mortificacion interior, que siempre es señal cierta de verdadera virtud; por eso es mas necesaria que la exterior, y ninguno puede escusarse de ella. Esta es aquella continua violencia que es necesario hacerse para entrar en el reino de los cielos. No todos podrán ayunar, ni usar de rallos y de cilicios; pero ninguno tiene impedimento para mortificar sus deseos, su natural y sus pasiones. Vanamente nos lisonjearémos de que amamos á Jesucristo, si no somos hombres mortificados. Es preciso resolverse á una generosa y constante mortificacion, si se desea domar y destruir este amor propio de que se alimentan todas las pasiones: es necesario resolverse á llevar cada uno su cruz. En la cruz está nuestra salud, nuestra vida y nuestra seguridad, dice el autor de la Imitacion de Cristo: en vano se busca fuera de la cruz la salvacion del alma y el camino de la gloria. Toma, pues, tu cruz, sigue á Jesus, y llegarás finalmente á la vida eterna.

*El Evangelio es del cap. 3 de S. Juan.*

En aquel tiempo: Habia un hombre de la secta de los fariseos llamado Nicodemus, de los principales entre los judios. Este vino á Jesus de noche, y le dijo: Maestro, sabemos que has sido enviado de Dios á enseñar: porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces á no ser que esté Dios con él. Respondió Jesus, y le dijo: De verdad, de verdad te digo, el que no vuelva á nacer otra vez, no puede ver el reino de Dios. Díjole Nicodemus: ¿ Como puede nacer el hombre siendo viejo? ¿ Por ventura puede entrar otra vez en el vientre de su madre y volver á renacer? Respondió Jesus: De verdad, de verdad te digo, que el que no renazca por medio del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es engendrado de la carne, es carne: y lo que es engendrado de espíritu, es espíritu. No te admires porque te he dicho: es menester que

vosotros volvais á nacer: el espíritu inspira donde quiere, y oyes la voz, pero no sabes de donde venga, ni adonde vaya: asi es todo aquel que es engendrado del espíritu. Respondió Nicodemus, y le dijo: ¿ Como pueden hacerse estas cosas? Respondió Jesus, y le dijo: ¿ Tú eres maestro en Israel, y lo ignoras? De verdad, de verdad te digo, que hablamos aquello que sabemos; y testificamos lo que habemos visto, y vosotros no recibis nuestra deposicion. Si os he hablado de cosas terrenas, y no me creéis, ¿ como creereis si os hablare de cosas del cielo? Ninguno, pues, sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo. Y así como Moisés levantó en el desierto la serpiente, de la misma manera conviene que sea levantado el Hijo del hombre: para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna.

## MEDITACION.

*De la penitencia necesaria á todos.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que el cielo se conquista con violencia. Renunciar la penitencia y la mortificacion es renunciar el cielo. Es menester renunciar el mundo y sus placeres: es menester llevar su cruz, vencer las inclinaciones, resistir á las pasiones, domar el amor propio: es menester amar á los enemigos, aborrecerse y perseguirse á sí mismo: este es el camino de-

recho que guia al cielo: él está sembrado de espinas, pero no hay otro, y es menester seguir este si queremos llegar allá. Cualquiera otro camino, cualquiera otra senda desvia de aquel término. ¿ Y es esta la que nosotros seguimos? ¿ No marchamos por un camino enteramente opuesto? Y en este caso, ¿ cual será nuestro paradero? Es indispensable necesariamente seguir este camino real. Somos pecadores, preciso es hacer penitencia: somos cristianos, es preciso seguir á Jesucristo: fuimos criados para el cielo, preciso es llegar allá cueste lo que costare. No nos parezca que estas razones se hicieron para los demás, y que no hablan con nosotros. Pero segun se vive y se discurre el día de hoy, parece que se reputan estas grandes verdades como verdades de antaño, que ya no rigen. Esa penitencia indispensable á todos los pecadores, ¿ es por ventura en estos tiempos la virtud de las gentes del mundo? Esa penitencia indispensable á los mismos justos, ¿ es por ventura en nuestros días la virtud familiar á todos los cristianos? Pero este camino sembrado de cruces y de espinas solo es áspero á los que tímidos y cobardes no se atreven á entrar por él; mas una vez que le emprendan con resolucion, una vez que comiencen á caminar con fervor, todo se les allana: no solo se les hace suave, sino gustoso. Las flores de que al parecer está sembrado el camino de los malos, muchas veces se convierten en espinas; ¿ pues por qué las espinas, de que parece sembrado el camino de los buenos, no se convertirán tambien en flores muchas veces? La virtud que se ejercita, la gracia de Dios que nos sostiene, la esperanza tan bien fundada de llegar al dichoso término de la carrera, quitan á la penitencia todo lo áspero, todo lo duro, todo lo amargo que tiene. Aunque nos parezca intratable este camino, acordémonos de que los santos anduvieron por él con alegría, animándolos el ejemplo de Jesucristo. Sigámoslos con valor y con fidelidad, y experimentaremos las mismas dulzuras, los mismos consuelos, la misma facilidad.

PUNTO SEGUNDO.—Considera la necesidad que todos tenemos, no solo de amar la penitencia, sino de hacer frutos dignos de penitencia. Frecuentemente recaemos en las mismas faltas; en todas las confesiones nos acusamos siempre de los mismos pecados, porque no nos aplicamos á descubrir el origen de ellos, á fondear nuestro corazon, á poner en ejecucion los medios eficaces para corregirnos. Acusámonos de las distracciones, de las negligencias ordinarias en el servicio de Dios, de las imperfecciones acostumbradas, y no pensamos en sofocar ese espíritu de

orgullo y de vanidad de que estamos poseidos; esas secretas aversiones, esas emulaciones malignas, ese desordenado amor de nosotros mismos, inficionadas fuentes de todos nuestros pecados. Cortamos las ramas, pero dejamos intacto el tronco que rompe luego en nuevos retoños. ¿Queremos lograr el intento? pues cortemos hasta las mas pequeñas raíces. Re-caemos con frecuencia en las mismas faltas, porque antes de confesarnos paramos poco la consideracion en la gravedad y en las consecuencias del pecado. Re-caemos en ellas, porque nos falta la contricion necesaria, la sincera y la eficaz resolucion que debiéramos tener. Nos avergonzariamos si faltásemos á la palabra dada á un hombre de consideracion. Pidemos Dios que tengamos con su Majestad este mismo miramiento: ¿será esto pedirnos demasiado? Pidemos que nuestra penitencia, cuya indispensable necesidad tenemos tan conocida, dé en fin algunos frutos, ya que hasta aquí solo ha dado hojas y flores; y que estos frutos lleguen á madurar, que sean dignos de presentarsele, que sean en fin frutos dignos de penitencia. Comencémoslos á hacer desde hoy mismo hasta la muerte. Destruyamos en nosotros el reino del pecado; huyamos con presteza todas las ocasiones de cometerle; ejercitémonos continuamente en las buenas obras que corresponden á nuestro estado; satisfagamos á la justicia de Dios con perpetua penitencia; tengamos siempre un corazon contrito y humillado con verdadero deseo de satisfacer á la divina justicia, aceptando por lo menos con amor y sin quejarnos los trabajos de esta vida debidos á nuestros pecados.

Esta es, Señor, la gracia que os pido para hacer aquella penitencia saludable, de que no están dispensados aun los mismos justos.

JACULATORIAS — Confieso, Señor, que pequé muchas veces contra tí, siendo tú solo testigo de mis maldades: sedlo tambien de mi amarga penitencia. (*Psalm. 50.*)

Acúsome, Señor, y repréndome á mí mismo de mis pecados, y desde este mismo punto voy á hacer penitencia de ellos deshaciéndome como pavesa y ceniza. (*Job 42.*)

#### PROPOSITOS.

1. El ejercicio de la mortificacion interior es una especie de penitencia de que ninguno tiene razon ni derecho para dispensarse. Fué comun á todos los santos, y es muy conocida de cuantos verdaderamente desean ser perfectos. No es menester mas

que atender bien al espíritu de Dios: es tan ingenioso el amor de Jesucristo, que aun á las personas mas groseras las inspira desde luego industrias y medios para mortificarse muy superiores al ingenio de los hombres mas sabios; y en este género se pueden tener por especie de milagros. Todo les sirve de ocasion para vencer sus inclinaciones; no hay tiempo ni lugar que no les parezca muy oportuno para mortificarse, todo sin traspasar las reglas de la prudencia y del buen juicio. Por ejemplo: bástales tener una gran gana de ver ó de hablar para bajar los ojos y para coser la boca. La curiosidad de oír noticias, el deseo de saber lo que pasa, lo que se dice ó lo que se hace; la gana de ver á una persona, de contar una novedad, de saber el fin de un negocio que interesa á muchos; en una palabra, toda ansia es materia de mortificacion, tanto mas meritoria, cuanto mas frecuente y menos pública, pues solo tiene á Dios por testigo. Imita este escelente ejercicio.

2. No hay materia mas fecunda que la que todos tenemos para ejercitarnos en la mortificacion interior. Descendamos á casos particulares, que es la mejor instruccion. Una palabra dicha á tiempo, una zumba ingeniosa, una discrecion, una agudeza puede acreditar mucho en una conversacion, pero tambien puede ser materia de un bello sacrificio. Apenas hay hora en el dia que no nos ofrezca motivo para alguna mortificacion. Esté uno en pié ó esté sentado, siempre podrá encontrar alguna postura incómoda sin que se conozca hácia afuera. Hállase en alguna ocupacion muy seria: interrúmpenle cien veces; pues cien veces se deja interrumpir y levantar la mano con tanta mansedumbre y con tanta urbanidad como si en nada estuviera ocupado. El mal humor de un sugeto con quien se vive, los descuidos y las faltas de un criado, la ingratitud de una persona á quien se la sirvió; todo esto puede ejercitar bien la paciencia de un hombre sólidamente virtuoso. En fin, las incomodidades del tiempo, de la estacion y de las personas, que se padecen sin dar á entender nada, son á la verdad pequeñas ocasiones de mortificarse; pero la mortificacion en estas pequeñas ocasiones no es pequeña, y bien se puede decir que las mayores gracias suelen ser frutos de estas pequeñas mortificaciones. Tampoco es pequeña mortificacion el no dispensarse en la mas mínima obligacion, costumbre ó acto de comunidad: el conformarse en todo con la vida comun, y sin respeto á su inclinacion, á sus empleos, ni á sus años. Este es el manantial mas fecundo de gracias extraordinarias, y por decirlo así, de la misma santidad.